

UN PEQUEÑO LUGAR EN EL MUNDO

Desde la primera vez que entró por la puerta, la casa le recordó a la de sus abuelos en el pueblo. Decorada con objetos algo pasados de moda, tapetes de ganchillo en las mesas y fotos en color sepia, ese piso de Madrid parecía sacado de la época anterior y le daba un aspecto, a su manera, entrañable. Emma sonrió con cariño al hombre que tenía delante.

–¿Qué tal te encuentras, Manuel? Te estarás tomando las pastillas que te recetó el médico ¿no? –Le preguntó.

–Sí hija, sí. ¡Qué remedio! –gruñó este– Cada día estoy más viejo...

–¡Pero qué dices! Ya les gustaría a otros más jóvenes estar como tú –rió Emma.

Manuel tenía 93 años pero, al contrario de lo que muchos podrían pensar, la edad no había influido en su personalidad alegre ni en su forma de ser. Emma iba a su casa dos veces por semana desde hacía unos meses. Con solo 25 años era voluntaria de la Cruz Roja y se había unido a una campaña de ayuda que luchaba contra la soledad de la que eran víctimas tantas personas mayores. En el caso de Manuel, se quedó solo cuando murió su mujer ya que no habían tenido hijos y tampoco tenía ningún familiar cercano. Con el paso de los meses Emma se había convertido en una especie de nieta para él.

Era el 24 de diciembre de 2010, la tarde de Nochebuena y Emma había querido pasar un rato con él y animarle un poco. Juntos decoraron el piso con adornos navideños y, al final, no quedó ni un solo rincón de la casa sin luces o espumillón. Algo más tarde, estaban sentados charlando y comiendo turrón; entonces, Emma sacó un paquete de su mochila y se lo entregó a Manuel sonriendo.

–¿Qué es esto? –Preguntó sorprendido.

–Es para ti, ábrelo. Pensaba dártelo el día de Reyes –empezó a explicarle– pero ya me han dicho que han organizado una excursión para esas fechas y que no vas a estar.

Manuel abrió el regalo con curiosidad y se sorprendió al encontrar un marco de fotos; observó con detenimiento la fotografía que había en él. En la imagen se les veía a los dos ante la cámara y se podía percibir un fondo muy luminoso en el que se veían flores

de distintas especies y colores. Sonrió. Recordaba perfectamente ese día. Emma le había llevado a visitar el jardín botánico y le había encantado; la verdad es que le gustaba todo lo que tenía que ver con las plantas y la jardinería.

–Yo también tengo algo para ti –dijo Manuel.

Y sin una palabra más, se levantó y salió del salón camino a su cuarto. Cuando volvió, traía una cadenita de oro con una especie de medallón que depositó con cuidado en las manos de Emma.

–Este colgante era de mi mujer, Cecilia. Me recuerdas tanto a ella... –suspiró– por eso quiero que lo tengas tú. Es muy importante para mí. ¡No! –le cortó al ver que iba a interrumpirlo– Ahora escúchame, nunca te he contado cómo nos enamoramos mi mujer y yo y no veo mejor momento que este, porque hoy hace justamente 76 años de la primera vez que nos vimos.

“Era la Nochebuena del año 1936, en plena guerra civil. Yo en aquella época tenía tan solo 19 años y me había alistado en el bando republicano. Ese año la navidad sorprendió a cientos de miles de soldados en las trincheras españolas. No era momento de celebración pero supongo que ambos bandos tratamos de reflejar, por un instante, la fiesta en mitad de la guerra. Esa noche, todos los soldados que se encontraban como yo en la avanzada de ciudad universitaria pudimos disfrutar de la cena de miliciano, es decir, una ración extra de comida. Además, Socorro Rojo Internacional repartió en el frente un *kit* por persona formado por turrón y mazapanes, ración de frutas, embutidos y algo de tabaco. Ahí fue cuando conocí a mi Ceci. Ella era una de los muchos voluntarios de esta organización que, según me contaría más tarde, había aparecido en España durante la revolución de Asturias en el 34 y que posteriormente sería reformada y se expandiría con el objetivo de oponerse al fascismo en múltiples frentes; esta organización asistencial incluía a artistas y escritores, entre estos últimos se encontraba el presidente de la misma, Joaquín Arderús, antes de exiliarse a Francia y México. Sus principales actividades consistieron en ayudar a los niños con comida y aportar bibliotecas a los soldados; además, como no tardaría en descubrir, contribuyeron también con la creación de hospitales y ambulancias.

Cecilia tenía por aquel entonces 18 años, uno menos que yo, y era guapísima, inteligente, con carácter e independiente. Como podrás imaginar caí rendidamente

enamorado de ella y como ya había terminado su ronda pasamos el resto de la noche juntos, hablando y conociéndonos el uno al otro. Cuando amaneció y tuvimos que separarnos, me di cuenta de que seguramente no volveríamos a vernos. Yo no era ningún niño y sabía perfectamente lo que la guerra significaba.

Años más tarde, en agosto del 38, resulté gravemente herido durante la Batalla del Ebro. Estuve al borde de la muerte, sin embargo, consiguieron salvarme en uno de los hospitales de Socorro Rojo. La primera persona que vi al abrir los ojos fue a la enfermera que había ayudado a salvarme la vida y que se quedaría conmigo durante todo el periodo de mi recuperación. Era Cecilia, la reconocí al instante a pesar de que los dos habíamos crecido, yo ya tenía 22 años y ella 21. Supuse que era una señal del destino y ambos prometimos no volver a separarnos. Unos meses después, uno de los sacerdotes que se pasaban a menudo por los hospitales de todo el país, accedió a casarnos en lo que fue una ceremonia muy íntima con apenas algunos amigos y conocidos. Y tú, mejor que nadie, sabes que cumplimos nuestros votos de matrimonio y permanecemos juntos hasta el final.”

Cuando terminó el relato, Emma tenía los ojos llorosos y jugueteaba con el colgante que tenía entre los dedos. Lentamente, se enjugó las lágrimas e intentó sonreír. Sabía que Manuel no le había contado esa historia para entristecerla, al contrario, quería recordarle la importancia de lo que ella hacía y animarla a seguir ayudando a los demás. Con mucho cuidado, se puso la cadena alrededor del cuello y sosteniendo la mano de Manuel repitió en su cabeza la frase que desde muy joven había marcado su vida y su forma de ser:

No hace falta que hagas un gran acto para ser solidario, puedes ayudar desde tu pequeño lugar en el mundo.

Teresa de Calcuta